



¿Qué Pasa con El Premio Nacional?

700431

Por J. Miguel Ibáñez Langlois

Se quería esperar que se calasen las ardientes polémicas suscitadas por la concesión del Premio Nacional de Literatura al filólogo *Rodolfo Opas*, para escribir sobre el tema en forma desapaionada, con la distancia y la frialdad que el asunto exige. Por lo demás, no me referiré sólo a este caso, sino también al destino del premio en los años anteriores; más exactamente, a las tres últimas concesiones. Ellas representan tres injurias de diversa magnitud; tres ofensas de dudoso valor, agravadas por la correspondiente postergación de escritores de auténtica jerarquía en el dominio de las letras nacionales. Si no comienza ahora mismo un proceso de revalorización en la materia es de temer que dicho premio, antes rodeado de cierta mínima aureola de justicia —a pesar de la discutible de todos los fallos en este orden de cosas— y hoy bastante desprestigiado, pierda el poco prestigio que aún le queda entre escritores, lectores y gentes de letras.

Este año, en la persona del Dr. Oroz, se premió la erudición lingüística; hace dos años, en Arturo Escobar, la divulgación científica; y antes, en Lady Zaldívar, la revalorización histórica. Creo que los tres casos son, en grados variables, ajenos esencialmente a la literatura, es decir, a la creación de lenguaje, a la imaginación creadora, a las letras concebidas como arte en el sentido riguroso del término. Se dirá que el ensayo es también un género literario. Y lo es, sin duda. Pero hay que guardarse de confundir el verdadero ensayo con la simple expresión de ideas en prosa. El ensayo como género literario es una auténtica creación artística, donde el pensamiento adquiere un cierto ritmo verbal, una calca justera de expresión, el estilo, aquella identidad formal entre intención y lenguaje que caracteriza a toda literatura coral. Esta condición no se ha cumplido en las tres últimas ocasiones. Oroz y Zaldívar no escriben en el sentido literario del término; sólo se expresan por escrito, o redactan, según la elemental distinción que Píndaro ha aplicado al caso. Además es el más escritor de los tres, pero, como artista de la pluma, está aún muy por debajo de los escritores postergados por el premio en los últimos años.

Si se trataba de premiar a ensayistas —cosa perfectamente justa—, podría haberse pensado en otros escritores que, provenientes del campo de la filosofía o de las ciencias humanas, han unido al rigor de su pensamiento aquella belleza de expresión, aquella justera verbal, aquella creación de lenguaje que es propia de este género literario. Autores para esto no faltan: Juan de Dios Vial, Jorge Millas, Armando Hsu, José Echeverría, entre otros. Pero no es en su nombre que yo reclamo, sino en nombre de los narradores y poetas que hace muchos años deberían haber recibido el galardón, y cuya reiterada omisión es una suerte de vergüenza para las letras nacionales. Se comprenderá que me refiero a María Luisa Bombal, a Eduardo Anguila y a Brindley Arenas. Sería lógico y justo que fueran ellos tres los premiados en las tres ocasiones venideras, si es que el premio va a recobrar su valor perdido. ¿Hasta cuándo se silencia a estos tres verdaderos artistas en favor de figuras marginales de nuestras letras, que bien pueden poseer otros méritos personales, pero no un valor auténticamente literario?

Puede decirse que las obras completas de los tres últimos premiados no valen lo que vale, en términos formales de arte, un solo capítulo de alguna de las dos novelas de la Bombal, prodigio de síntesis, de magia verbal, de fuerza narrativa. Ya basta de alegar que sólo ha escrito dos novelas breves, y no la ingente bibliografía de otros. ¿Es que pretende premiarse la cantidad? ¿Qué importa ese factor si ella, en dos breves relatos, ha creado un mundo humano más rico y pleno que otros en innumerables volúmenes de dudosa escritura? Si valen tampoco aquellas tres obras completas lo que unas breves páginas de la poesía deslumbrante de Anguila, con la hondura de su contenido metafísico, con la belleza lírica de su expresión, con el dramatismo poético de su intuición. Otro tanto cabe decir de la poesía de Arenas, de su valor humano, de su humor lírico, de su verso anecdótico, de su imaginación entre romántica y surrealista.

De la constitución de los últimos jurados del premio se puede pensar lo peor: que en ellos se han justado personas que ni siquiera han leído —o por lo menos apreciado— la suficiente proporción de literatura nacional que es necesaria para dar a su juicio un mínimo de justicia. Hay que escribir que simplemente desconocen páginas indispensables para un veredicto justo. Es urgente, o bien una modificación de la estructura del jurado, sustituyendo a funcionarios públicos

simos, no deberían jugar en materias que no son de su competencia. Tampoco es seguro que un miembro de la Academia de la Lengua, entidad no dedicada formalmente a la literatura, entienda mucho de ella; al menos, no todos los académicos gozan de este conocimiento. En cuanto al Pen Club, ninguna de sus dos ramas posee ni ha poseído nunca en Chile la suficiente subvención literaria. La misma Sociedad de Escritores debe tratar de que sus representantes en el jurado sean literarios y moralmente incuestionables. O se modifica el estatuto legal del premio —excluyendo, desde luego, la necesidad de que determinadas instituciones presenten a los candidatos, límite absurdo y peligroso—, o se arreglan las cosas para que de facto los cinco organismos se hagan representar por verdaderos expertos en literatura nacional.

Se han ajeado voces que acusan a las actuales autoridades públicas de usar el Premio Nacional de Literatura para agradecer servicios, obediencias o afinidades de carácter ideológico o político. Yo no me atrevería a suscribir tan grave acusación. Pero debe reconocerse que la coincidencia cronológica entre el actual Gobierno y los fallos, tan desacertados, de los cinco últimos años, se presta para alimentar esa sospecha en mentes fantasiosas. Si se quiere borrar hasta la sombra de esa suposición, la autoridad pública debería tomar medidas que impidan o limiten al máximo la posibilidad de un nuevo desacierto en la línea de los tres últimos.

Qué pasa con el Premio Nacional? [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Qué pasa con el Premio Nacional? [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile